

TENDENCIAS
Revista de la Facultad de Ciencias
Económicas y Administrativas.
Vol. II. No.1
Junio de 2001, páginas 85-101
Universidad de Nariño

**HACIA UNA SOCIEDAD CON UN NUEVO MODO DE
DESARROLLO UNA PROPUESTA PARA EL SIGLO 21/1**
Por: Julio Silva Colmenares/2

RESUMEN

En el documento se hace un crítico y detallado diagnóstico de la cruda realidad colombiana, poniendo énfasis en las profundas desigualdades sociales que hacen inviable el actual modelo de desarrollo. Como alternativa se propone un modo de desarrollo humano que garantice la libertad y la felicidad, para lo cual se requiere de una concepción filosófica y ética renovada y una nueva Economía Política, orientada más hacia el desarrollo del ser humano.

PALABRAS CLAVE: Desarrollo, Desarrollo Humano, Pobreza, Sociedad, Estado

¹ Ponencia presentada por Julio Silva-Colmenares en el **Foro Economía y Sociedad en Colombia: Pasado, Presente y Futuro**, organizado por la Academia Colombiana de Ciencias Económicas. Bogotá DC., 5 y 6 de junio de 2001

² Economista, Contador Público, Administrador de Empresas, PhD en Economía y Doctor en Ciencias Económicas de la Universidad de Rostock (Alemania); miembro de número y secretario general de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas; profesor emérito de la Universidad Autónoma de Colombia –FUAC-; profesor visitante de postgrado en varias universidades de Colombia; conferenciante en diversas instituciones universitarias y académicas de Colombia y otros países; autor de más de 20 libros y folletos y de más de 200 ensayos y artículos publicados en el país y en el exterior; consultor y asesor privado; en la actualidad, Director de Postgrados en Ciencias Económicas y Sociales de la FUAC y columnista de la página editorial del diario económico y empresarial La República.

1. EL RESULTADO DEL SIGLO 20: UNA SOCIEDAD EXCLUYENTE

Puede decirse que el signo distintivo del modo de desarrollo de la sociedad colombiana durante el último tercio de su vida republicana, esto es, los últimos 60 ó 70 años del siglo 20, fue la pobreza, entendida como la cruda exclusión social. Desde las primeras mediciones sociales técnicas, en la década de los cincuenta, se comprueba de manera persistente que alrededor de la mitad de la población no puede disfrutar de lo que se consideran unas condiciones dignas y mínimas de vida, según el progreso de la humanidad en cada momento histórico, comenzando por el disfrute de una ocupación estable y un ingreso equitativo; hoy más de la mitad de la población está al margen del mercado, o participa en forma muy reducida, por lo que ni siquiera se puede hablar de una economía capitalista de mercado.

Es decir, que cualesquiera hayan sido los modelos económicos utilizados en el lejano o reciente pasado, la historia y la lógica comprueban que a contrapelo del crecimiento económico y de cambios cuantitativos y cualitativos en la oferta de bienes y servicios, durante el siglo 20, en especial en su segunda parte, se hizo de Colombia una sociedad excluyente, que destruye la naturaleza, carece de democracia en la vida ciudadana y es inequitativa en el disfrute de la riqueza creada. El resultado es evidente; un sistema productivo ineficiente y sin competitividad internacional; una confrontación política exacerbada, con una lucha armada sin perspectiva de ganadores pero con grandes pérdidas humanas y económicas; una concentración excesiva del ingreso en pocas manos, ya sea por medios pulcros o no desde la ética del capitalismo, y una acumulación agobiante de la pobreza sobre los hombros de la mayoría de la población, lo que nos presenta ante la faz del mundo como un Estado-nación que carece de una solidaridad social institucional. Durante siete décadas han existido un Estado privatizado, un mercado cerrado y un asistencialismo decimonónico.

Por tanto, los críticos resultados económicos y sociales obtenidos en los años finiseculares no obedecen, en lo fundamental, a factores externos ni a aspectos coyunturales, entendidos éstos como lo circunstancial o particular. Se explican, en lo esencial, por factores internos y aspectos estructurales, o sea de presencia permanente o general en nuestra realidad. Es decir, si bien lo que acontece en el resto del mundo nos afecta de alguna manera, no podemos achacarle de manera exclusiva a fenómenos externos la culpa de lo que nos ocurre, sin que ello niegue que su presencia fortalece lo interno y estructural, cuando le interesa. La respuesta está adentro y nuestra obligación es encontrarla.

Además, el alto y grave desempleo observado es también una manifestación estructural de la crisis general de la sociedad colombiana, como producto de este modo de desarrollo excluyente, en cuyo marco la sub-utilización y destrucción del capital humano es un rasgo persistente. Los hogares de los desempleados pertenecen en más de un 60% a los estratos tres y cuatro y para sobrevivir han tenido que retirar hijos del estudio, disminuir el consumo habitual y vender bienes, incluida la propiedad raíz, por lo que aumenta el número de familias que viven en viviendas arrendadas. Para agravar la situación, la falta de trabajo afecta de manera más aguda a los jóvenes, a las mujeres y a los profesionales universitarios sin educación avanzada, es decir, a núcleos valiosos pero muy vulnerables de la población, ya sea porque encarnan el futuro, tienen la capacidad reproductora de la población o representan la mayor inversión en capital humano.

Como complemento, más de la mitad de las personas que tienen trabajo están en condiciones muy precarias, con escasa o sin ninguna protección legal y social, sobre todo en las ocupaciones rurales y en la informalidad o «rebusque» de las ciudades. Y lo peor, avanzamos hacia una informalidad con considerable inversión en educación, para nuestras condiciones: 50% tiene bachillerato (11 años de escolaridad) y 13% educación superior (entre 14 y 18 años de escolaridad). Por otra parte, cada vez un mayor número de familias debe sobrevivir con menos ingreso; a mediados de la década de los 90 el 20% de los ocupados ganaba el salario mínimo o menos; en el 2000, tal proporción subió al 35%. El desempleo y el subempleo conllevan, como es evidente, una disminución significativa del ingreso disponible.

Además, no olvidemos que la sub-utilización de la capacidad productiva produce desesperación e induce a la apatía, lo que disminuye la interacción social y coadyuva a la desintegración del tejido social, lo que es muy grave en la sociedad colombiana, que ya, de por sí, lo tiene muy débil. Quizá semejante desperdicio de humanidad, o verdadera desvalorización de riqueza social, tenga mayor costo que la guerra actual, lo que debe preocupar a los actores empeñados en ganarla, pues al final perdemos todos.

En corroboración de la profunda crisis que padece el país, la primera de origen endógeno en nuestra historia moderna, puede mencionarse el hecho de que en los últimos años se ha producido una impresionante desvalorización y descapitalización en todos los órdenes, pues va desde las acciones bursátiles hasta el propio ser humano. Todo ha perdido valor en Colombia: las acciones de las empresas, la propiedad raíz rural y urbana, el patrimonio empresarial, el

ahorro privado y estatal, la capacidad adquisitiva del ingreso, la vida de las personas, el capital humano y social. Si bien en la sociedad moderna la incertidumbre es habitual y se debe contar con ella, en Colombia pesa hoy más el miedo, por lo que la combinación diabólica de miedo e incertidumbre nos ubica en el peor de los mundos.

Cada vez es mayor el desprecio por la vida humana. El homicidio representa el 20% de los fallecimientos en Colombia y su tasa es espeluznante, comparada con otros países: 56 por cada 100.000 habitantes. Es la primera causa de muerte, en especial entre los 18 y los 44 años de edad, y sus formas son cada vez más atroces. Durante 1999 más del 8% de las 37.000 personas que sufrieron muerte violenta eran menores de edad y el 78% tenía entre 18 y 44 años, es decir, se está asesinando, diciéndolo con una metáfora horrible, al futuro de Colombia. Aunque apenas el 20% de tal cifra puede achacarse de manera directa a la guerra trifuca que padecemos (fuerzas armadas, guerrillas y autodefensas), no hay duda que el conflicto bélico alimenta la «cultura de la violencia» que desvaloriza la vida humana, cuando en todo el mundo se habla de que la principal riqueza es el capital humano.

Costo que es así mismo altísimo cuando ese capital humano se «fuga» del país. Un estudio reciente calcula que las 15.000 personas con formación universitaria que emigraron de Bogotá durante 1999 representaron una pérdida de 450 millones de dólares para la ciudad. Y esto sin contar lo que sus conocimientos habrían aportado en el futuro; sin duda, varias veces la descapitalización actual. ¿Cuánto «valen», entonces, el millón de colombianos y colombianas que se han ido al exterior en los últimos cuatro años?. Y no hablemos de capital social. Porcentajes altos de la población desconfían de instituciones que son indispensables para el desarrollo, como justicia, policía, sistema financiero y otras, y se aprecia más el éxito de los narcotraficantes que de los empresarios o los científicos. Por tanto, la moral y la ética sociales muestran un gigantesco saldo rojo. Para resumir, digamos que una desvalorización humana y física tan múltiple y descomunal no es producto de cambios en los adjetivos que califican a los modelos económicos.

Ante lo anterior tiene razón el gobierno Pastrana cuando en el Plan Cambio Para Construir La Paz señala que dos son los problemas fundamentales que deben resolverse en perspectiva para el siglo 21: el conflicto social que genera la inequidad y el precario desempeño económico por pérdida de dinámica en el ciclo. En cuanto a lo segundo, basta revisar en cualquier publicación el comportamiento de los principales indicadores: Disminución crítica del PIB con

alta sub-utilización del aparato productivo, crecimiento alarmante del desempleo, persistencia de un alto déficit fiscal con creciente endeudamiento público, caída en las importaciones, dificultades competitivas de las exportaciones y otros similares. También la medición del conflicto social causa estupor. Y al respecto es claro el gobierno cuando dice que el “modo de desarrollo social adoptado por el Estado en los últimos años, el asistencialista, terminó por demostrar su incapacidad para promover la equidad y la cohesión social”.

Como lo reconoce el Plan del gobierno Pastrana, desde antes de la década de los noventa la política gubernamental ha perseguido tres objetivos básicos; primero, desarrollar un esquema político más incluyente y participativo; segundo, buscar nuevas fuentes de dinamismo económico, y tercero, atacar las causas de la inequidad existente. Pero hasta ahora el “resultado es patético: Existen claros mecanismos de exclusión, derivados de unas políticas sociales mal diseñadas, preocupadas por el *qué* y no por el *quién*, sin criterios para la distribución de los recursos entre los potenciales beneficiarios. Se ha descubierto, luego de mucho tiempo, que la falta de democracia que caracterizó durante años a nuestro régimen político logró penetrar las fronteras mismas de las políticas públicas”. Existe la imperiosa necesidad de “mejorar considerablemente la equidad del gasto público, en especial el social, que tiene profundos componentes regresivos”.

La oficina en Colombia del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo –PNUD- señala en la parte correspondiente al país en el Informe sobre desarrollo humano global presentado en diciembre de 2000, que “En Colombia, si bien ‘la igualdad ante la ley’ es el principio de la Constitución de 1991 y el de los Derechos Humanos, no se pueden desconocer las desventajas sociales que enfrenta la población vulnerable con debilidad manifiesta, grupos excluidos tradicionalmente de las esferas del poder económico y político. Hay suficientes evidencias que se está frente a una sociedad cerrada y selectiva sin aversión a la desigualdad, a la pobreza y que propicia la discriminación de los débiles y no la cohesión social”. Y más adelante enfatiza en que “se puede pensar en la exclusión social como un concepto multidimensional de la pobreza que, en particular, introduce aspectos de realización de derechos y de participación social”. Como se lee en ese Informe, Colombia tiene un Índice de Desarrollo Humano –IDH- de 0,764 y ocupa el puesto 68 entre 174 países; pero si ese índice se corrige con la pésima distribución del ingreso que tiene, su

rango baja a 0,636, similar al de Bolivia, que ocupa el puesto 114 en la clasificación internacional.

Hay que reiterar, como lo comprueba la realidad de los últimos lustros, que sin solucionar la inequidad no se consigue un esquema político más incluyente y participativo y no se encuentran nuevas fuentes de dinamismo económico. Por tanto, están equivocados quienes insisten en «buscar al ahogado río arriba» con respuestas de corto plazo o con espejo retrovisor. En este caso es válida la conocida advertencia de que «cuando tenía las respuestas, me cambiaron las preguntas». Lo esencial ahora no es defender los privilegios de la minoría que dispone de un ingreso estable, sino de los miles de jefes de hogar que no tienen empleo y de los cuatro y pico millones de familias cuyo ingreso es muy precario e inestable. Llegó la hora del sacrificio para quienes siempre han disfrutado de los beneficios del desarrollo.

La solución efectiva a la crítica situación económica y social que vive Colombia en los últimos lustros no se encuentra en circunstanciales cambios en la política gubernamental o en el modelo económico, y menos aún con «saltos suicidas» hacia el pasado. Pero esta crisis es poco parecida a la ocurrida cuando la Gran Depresión, pues aquella se explica en lo fundamental por causas exógenas, cuando ahora, finalizado el siglo 20, obedece, en los aspectos principales, a causas endógenas. Como cada vez se descubren más posibilidades para crear riqueza, se confirma la diabólica paradoja de que Colombia es un país rico con una población pobre. Para la estirpe de los colombianos pobres, como para los Buendía garcíamarquianos, el siglo 20 coincidió con “Cien años de soledad”.

2. UN MODO DE DESARROLLO HUMANO EN CONDICIONES DE LIBERTAD Y FELICIDAD

En el gozne entre siglos y milenios, pues ha terminado el siglo 20 y el segundo milenio y comenzado el siglo 21 y el tercer milenio de la era cristiana, se busca un nuevo paradigma del desarrollo, ante el evidente fracaso de las «recetas» utilizadas hasta hoy para alcanzar el objetivo: El desarrollo integral del ser humano. Como se dice en diversos medios, el siglo 20 comenzó tarde y terminó temprano. Muchos analistas e historiadores coinciden en señalar que empezó con la Revolución de Octubre en la Rusia zarista y finalizó con la caída del muro de Berlín, en el centro de Alemania, nación protagonista de primera línea en la historia contemporánea. Desde la perspectiva económica y socio-política, es posible que el siglo 20 sea identificado en el futuro como el siglo

del «experimento soviético». Experimento que si bien produjo un efímero bienestar para millones de personas, terminó siendo una tragedia para muchos pueblos europeos y asiáticos y afectó, de una u otra forma, a todos los países de la tierra.

Para Colombia no es fácil hacer el balance del siglo 20; comenzamos con la guerra de los Mil Días y el quinquenio del general Rafael Reyes, que introdujo al país a la sociedad moderna, y terminamos con lo que hemos llamado la «guerra trifauce», que no sólo consume ingentes recursos sino que utiliza medios insólitos, como el secuestro generalizado, el genocidio y la incorporación de niños a la lucha armada, al tiempo que padecemos la más profunda crisis económica de la centuria, explicada por causas internas, pero así mismo insistimos en construir un Estado Social de Derecho.

Como se vio de manera sucinta en las páginas anteriores, concluido el siglo 20 los resultados económicos, sociales y políticos no se han traducido en beneficio equitativo para todos, pues siempre han quedado concentrados en un círculo cada vez más estrecho, en términos relativos, cuya riqueza efectiva crece como espuma y es la irónica contrapartida de la pobreza abrumadora de millones y millones de colombianos. En este sentido, el crecimiento económico es efímero y deleznable si no se comparte la riqueza creada para el beneficio equitativo de la colectividad, pues el desarrollo humano integral es condición del crecimiento económico sostenido. Esto significa también una calificación negativa para quienes han tenido en sus manos la dirección política, social y económica. Para decirlo con una frase muy trillada, fueron inferiores a su responsabilidad histórica.

Proponemos, por consiguiente, partir de la siguiente hipótesis: Es posible que la explicación sobre lo ocurrido no se encuentre en el estudio de los modelos económicos utilizados, sino en algo más complejo y de larga trayectoria: Las cuestiones sustantivas del modo de desarrollo que ha tenido la sociedad colombiana, por lo menos en los últimos cien años. Y esta distinción no es caprichosa, pues mientras la idea de «modelo económico» implica encontrar respuestas a incógnitas con base en variables y ecuaciones, el concepto de «modo de desarrollo» supone formular preguntas sobre la sociedad que hemos sido y somos y queremos ser. Por tanto, hablar de modo de desarrollo permite desbordar lo mero económico, que a veces se confunde con su expresión matemática, y asumir una concepción más integral de la sociedad, para develar lo esencial.

En este sentido, y desde un punto de vista pragmático pero dialéctico, podría definirse el modo de desarrollo como la forma variable y particular de satisfacer una sociedad las necesidades materiales, sociales y espirituales de sus miembros, lo que supone indagar desde lo más complejo y permanente de la organización social, como la vida espiritual, la propiedad y la producción, hasta lo más simple y cotidiano, como la forma de alimentarse, el amor en la pareja y la educación de los hijos.

El modo de desarrollo vigente durante la mayor parte del siglo 20 es insostenible, pues incluso ha perdido eficacia social el esfuerzo tributario de los ciudadanos, y debe sustituirse con la mayor prontitud posible. Por tanto, se requieren transformaciones éticas en las relaciones sociales, reformas institucionales profundas y cambios microeconómicos y microsociales que permitan una redistribución más equitativa del valor agregado en el proceso de producción de bienes y servicios, lo que supone modificaciones en el sistema ocupacional y en la organización empresarial. Se busca, en adición, que cada vez más colombianos puedan disfrutar de los beneficios del progreso humano en aspectos como educación, salud, atención a niños, ancianos y discapacitados, servicios públicos domiciliarios y otros.

Para construir la sociedad abierta, democrática y equitativa con que sueña la mayoría de la población, proponemos un modo de desarrollo humano en condiciones de libertad y felicidad, que no son punto de llegada o fines, en sí mismo, sino caminos de búsqueda y encuentro. Hay que tener en cuenta que la felicidad y la libertad no son anhelos recientes y su análisis como fundamentos de la sociedad humana puede rastrearse más atrás de los griegos; son categorías con una perspectiva más amplia que las ciencias económicas, por lo que constituyen, en la práctica, temática inagotable. Hoy crece la investigación al respecto y se comprueba que en la práctica desarrollo, felicidad y libertad pueden verse como sinónimos, pues son medios esenciales y complementarios en el proceso de humanización. Conforman, así mismo, con las ideas de bienestar, riqueza, prosperidad y equidad una intrincada red conceptual.

La felicidad, como ya lo dijera Aristóteles, no puede reducirse al placer, los honores o la riqueza, sino debe verse como la manera de ser conforme a ciertos valores. La idea de la felicidad como un camino de búsqueda y encuentro es pilar de la Declaración de Independencia de Estados Unidos bajo la expresión "the pursuit of happiness". En la Economía Política clásica es permanente tal anhelo; durante el siglo 20 se avanzó en la formulación de métodos para medirla y en el año 2000 empezó a circular la publicación académica "The

journal of happiness studies”. Sobre la libertad puede hacerse un recorrido similar, pero no puede quedarse en la definición primitiva de querer hacer lo que se quiere, sin restricción alguna, pues durante los últimos siglos cambió bastante el contenido de esta categoría. En el siglo 19 Hegel, Marx y Engels analizaron la relación entre libertad y necesidad y a finales del siglo 20 el premio Nobel de Economía Amartya Sen considera a la libertad como uno de los soportes básicos del desarrollo, pues se refiere a las opciones de que se disponga para satisfacer las necesidades concretas; por tanto, la equidad requiere un escenario de libertad.

Y para que la libertad y la equidad vayan juntas, la riqueza no puede reducirse a la concepción individualista de acumulación de recursos en manos de las personas y la prosperidad debe entenderse como la búsqueda del bienestar para todos los que participan en la creación de la riqueza social. Al finalizar el siglo 20 el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo – PNUD- define el propósito del desarrollo humano como “velar por la libertad, el bienestar y la dignidad de todos en todas partes”.

Todo indica que cada vez los seres humanos se unen menos alrededor de ideologías y más en torno a sus intereses concretos, tanto materiales como sociales y espirituales, sin que ello signifique la desaparición de las ideologías, sino más bien una mayor fusión con la vida cotidiana. Colombia no puede escapar de esta tendencia universal y esas coordenadas deben ser las que enmarquen su desarrollo y la orienten hacia el siglo 21 como una sociedad de paz y progreso. Por tanto, se requiere un nuevo compromiso social para pasar a un modo de desarrollo humano, que es algo más complejo que un modelo económico, y que no puede quedarse en la modificación de algunas políticas gubernamentales.

Para lograr el desarrollo humano sostenido no son suficientes cambios macroeconómicos, sin que se niegue su importancia y oportunidad. Así mismo, cambios en la política económica pueden ser necesarios para la reactivación económica inmediata pero insuficientes para recuperar una senda de crecimiento apreciable y sostenido, ni permitirán, por si solos, desarrollar nuevos exportables y conquistar nuevos consumidores en el exterior; tampoco facilitarán mejorar de manera sustancial y permanente las condiciones de trabajo y de vida del 50% de la población que vive en la miseria y la pobreza. El nuevo modo de desarrollo propuesto busca una sociedad en donde todos, y no sólo unos pocos, puedan disfrutar de bienestar y mejoramiento en la calidad de la vida. Diciéndolo con otras palabras, se busca la satisfacción creciente de

las necesidades espirituales, sociales y materiales en condiciones de felicidad y libertad. Búsqueda que es universal y compromete no sólo a los científicos sociales, sino a toda la sociedad humana, y que en Colombia debe permitirnos unir voluntades de muy distinta procedencia.

No podemos seguir siendo una sociedad excluyente, en donde quienes tienen el poder, sin importar su origen y carácter, pretenden ser los poseedores de la verdad y los jueces de los excluidos; es inconcebible que todavía existan personas que crean que la solución a la contradicción dialéctica entre «yo» y el «otro» sea la destrucción de quien tiene una visión diferente del mundo y una posición distinta en la sociedad. La tarea común, comenzando por quienes han usufructuado tal modo de desarrollo, es incluir a los excluidos. Hemos de entender que no existen sociedades sin contradicciones ni conflictos, pero cuando se solucionan con la «razón de la fuerza» todas las partes pierden. La paz debe construirse sobre las diferencias y con la «fuerza de la razón», entendiéndose que la supervivencia de los demás es condición de la supervivencia de cada uno.

Como guía al respecto, podemos recordar las palabras de Abraham Lincoln al finalizar la guerra de secesión en los Estados Unidos: La mejor forma de eliminar un enemigo es haciéndolo amigo. Partiendo de estos supuestos, el modo de desarrollo que planteamos implica cambios que son radicales --y en ciertos aspectos esenciales-- en las relaciones sociales y, por consiguiente, en el «bloque» de las clases en el poder. Para entender la eventualidad de este cambio, hemos de tener en cuenta que si bien la lucha por las transformaciones en las relaciones sociales ha estado marcada por la impronta de las clases o grupos sociales dominantes, siempre a la estrechez de las relaciones de clase se contrapuso la aspiración inmemorial del ser humano por la libertad y la felicidad.

El pragmatismo dialéctico nos enseña que la «estadolatría» con «mercado-fobia» no es la solución, como tampoco lo es la «mercado-latría» con «estado-fobia», pues ninguna de las dos concepciones ha permitido avanzar hacia la solidaridad social que sustenta el desarrollo humano. Pero el hecho de que Estado, mercado y solidaridad no sean excluyentes sino complementarios, no niega que puedan sufrir transformaciones esenciales. Para la construcción de la «utopía» que se persigue, una sociedad con crecimiento compartido y competencia regulada para el desarrollo humano con felicidad y libertad, se requiere la acción mancomunada del mercado, el Estado y la solidaridad social. Y en esta complementación radica el nuevo paradigma.

De esta manera, se necesita su esfuerzo conjunto --que no es una simple suma aritmética sino un resultado sinérgico--, pues la historia comprueba que si bien el mercado es el escenario adecuado para garantizarle al individuo el ejercicio de sus opciones, casi nunca la «mano invisible» de la competencia logra hacer la mejor asignación de los recursos, pues la fuerza de quienes ocupan posiciones dominantes produce efectos perversos que son a veces bastante visibles. Por tanto, el Estado tiene la responsabilidad ineludible de ser el «cerebro ecuánime» que establece reglas del juego transparentes y orienta y regula la actividad económica, sin pretender remplazar al mercado, como fue la tendencia teórica y práctica durante el siglo 20. Y al mercado y al Estado hemos de añadir el «corazón altruista» de la solidaridad social, para crear mecanismos de compensación que lleguen a quienes de verdad la merecen y poder reducir la pobreza que excluye a la mayoría de la población de los beneficios del progreso y la prosperidad.

Por tanto, es no sólo oportuno sino imprescindible insistir en la formulación de teorías y estrategias propias, lo que no significa renunciar al acervo científico universal. Sin que se niegue la historia de la humanidad --el tránsito de unas etapas o formaciones socioeconómicas a otras--, la obligación es insertarse en el proceso de la humanización, entendido como la búsqueda y encuentro de los valores supremos del ser humano, en un mundo en donde impere una nueva ética social en todos los ámbitos de la vida ciudadana e institucional.

Alrededor del Estado, el mercado y la solidaridad social se presentan las megatendencias que se avizoran en perspectiva al siglo 21. Esto significa para Colombia pasar de un Estado privatizado y empresarial a un Estado estrategia y comunitario, o sea, que en lugar de estar en poder de una elite cerrada y caracterizado por entidades monopolísticas e ineficaces, se transforme en orientador del desarrollo de la sociedad y propiedad de los ciudadanos; al mismo tiempo, se busca sustituir el mercado cerrado y monopolístico, al servicio de poderosos grupos económicos extranjeros y nacionales, que es el escenario propicio de la crisis, por un mercado abierto y democrático, para beneficio efectivo de los ciudadanos-clientes; y por último, pero no menos importante, el paternalismo y el asistencialismo de los últimos cien años, cuyos resultados de corrupción, ineficiencia y despilfarro son evidentes, deben ser reemplazados por una solidaridad social eficaz y sostenible.

Esperamos que la idea de este modo de desarrollo humano concite la atención de las personas inteligentes y sensatas que creen en la salvación de

Colombia y los impulse a comprometerse en una acción unificada para reconstruir el país, junto con las organizaciones políticas y sociales interesadas en la solución negociada del conflicto armado y en la paz. Propósito nacional que debe partir --como no quieren aceptarlo ciertos círculos extremistas-- de reconocer que los cambios económicos, sociales y políticos ocurridos en las últimas décadas no han tenido como único efecto polarizar más a Colombia entre ricos y pobres, explotadores y explotados, sino que han producido también una amplia diferenciación en grupos y sectores sociales sobre cuyos intereses tiene que asentarse cualquier propuesta de solución política duradera.

Intereses que pueden ser contradictorios en un primer momento pero no por necesidad antagónicos en el mediano y largo plazo o cuando están de por medio los valores supremos del humanismo. En consecuencia, cada vez adquiere un mayor sabor «bizantino» la discusión sobre quienes están o son «de la derecha, del centro o de la izquierda» y que, por consiguiente, las definiciones políticas no deben pasar tanto por delimitaciones de «geografía partidista» cuanto por compromisos alrededor de la democracia y la equidad, que deben ser los principales raseros para medir a quienes están en una posición progresista o regresiva, así como sobre la concepción que tengan de la libertad y la felicidad.

3. APROXIMACIÓN A ALGUNAS IDEAS-FUERZA Y PROPÓSITOS ESTRATÉGICOS

Hay que partir de la premisa básica que más que un modelo económico nuevo se necesita un nuevo modo de desarrollo, el que debe entenderse no tanto como una formulación econométrica cuanto el establecimiento de unos propósitos estratégicos que en el marco de una concepción determinada del crecimiento económico y el desarrollo o progreso humano propone unos resultados definidos por medio de unas políticas y medidas específicas. Bajo este supuesto, hay que modificar las bases del modo vigente en las últimas décadas, para lograr una sociedad más abierta, democrática y equitativa. Tal modo de desarrollo podría asentarse en algunas ideas movilizadoras o ideas-fuerza como las siguientes: a) el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de la mayoría de la población; b) la diversificación y expansión del mercado interno; c) la incorporación inteligente del país en la internacionalizada sociedad del conocimiento; y d) la ampliación y consolidación de la democracia participativa.

Ideas-fuerza que se orientan a resolver algunos «cuellos de botella» que impiden el desarrollo integral y sostenible que requiere Colombia para volver a

ser en el siglo 21 una sociedad viable: la pobreza excluyente de la mitad de la población, la estrechez permanente del mercado interno, la dificultad para conocer el mercado mundial y conseguir una oferta exportable competitiva y la hegemonía que ejercen grupos cerrados sobre la vida ciudadana.

Identificadas las ideas movilizadoras, es necesario ponerse de acuerdo sobre los propósitos estratégicos de mediano y largo plazo que permitan buscar resultados definidos por medio de políticas y medidas específicas. En este sentido, habría que discutir, entre otros, sobre propósitos estratégicos tales como los siguientes: garantizar la seguridad alimentaria de las próximas generaciones; mejorar las oportunidades en salud y educación para los más pobres y vulnerables; buscar nuevos –de verdad, nuevos-- productos de exportación, en especial de origen biológico y de los servicios, con alto valor agregado y ventajas competitivas innovadoras; incorporar nuevas formas de propiedad y organización empresarial, aglutinadas no tanto alrededor del capital como del trabajo; mejorar las condiciones de ocupación de la mayoría de los trabajadores, para disminuir el desempleo y elevar la protección social y económica; y redistribuir el valor agregado en el proceso de producción, esto es, el ingreso nacional.

Este trabajo no tiene el objetivo de presentar en detalle las ideas-fuerza y los propósitos estratégicos de un nuevo modo de desarrollo, sino sólo los fundamentos paradigmáticos de esa propuesta. No obstante, vale destacar como aspecto esencial que para incorporar a Colombia de manera inteligente a la internacionalizada sociedad del conocimiento y buscar una nueva oferta exportable, hay que valorizar el capital humano, utilizar mejor los recursos naturales y desarrollar alianzas estratégicas para producir lo que requiere el mercado mundial y aprender a llevarlo con calidad y oportunidad ante el consumidor distante. Igual criterio debe seguirse con los nuevos exportables de la industria y los servicios.

Es válida la preocupación de quienes consideran que no existe en realidad un plan integral de internacionalización y modernización sino una simple apertura económica, entendida como liberación del comercio exterior. Para que la internacionalización y la modernización tengan éxito se requiere que se basen en una opción muy clara por ciencia y tecnología, ya que desarrollo sin ciencia ni tecnología no es concebible en el siglo 21. Sin olvidar la búsqueda de exportables en la industria y los servicios, la opción prioritaria debe ser por biotecnología y genética, apoyada por los avances más convenientes en informática y electrónica, para poder convertir las ventajas comparativas en

diversidad climática, vegetal y animal --una de las mayores del mundo--, en ventajas competitivas, para lo cual es imprescindible la orientación y el apoyo estatal, sobre todo de los entes territoriales. De otro modo, la internacionalización puede desembocar en mayor subordinación a las transnacionales y la modernización en un nuevo colonialismo «computarizado».

La biotecnología y la genética, con fuerte apoyo en informática y electrónica, permitirán ofrecer nuevos productos para la creciente demanda en frutas y hortalizas, extendiendo su período de maduración para posibilitar el transporte a largas distancias, o nuevas variedades, tanto animales como vegetales, que obedezcan a los cambios en los hábitos alimenticios o respondan a resistencias que se han creado en el proceso de consumo. El empleo de levaduras modificadas y de microorganismos productores de proteínas cambiará el panorama de la industria alimentaria, que hoy es más que producción agropecuaria. Todo ello permitirá disminuir las pérdidas de postcosecha, incrementar el volumen de la producción agroindustrial y facilitar su distribución a zonas cada vez más extensas fuera del territorio colombiano. Esto no significa que la biotecnología y la genética no tengan riesgos o problemas, como nos enseña la fase anterior de la «revolución verde»; lo importante ahora es aprender de la experiencia y saber prevenir lo negativo.

En el campo de la salubridad no es menos espectacular pero posible el campo de acción. La biomedicina y la ingeniería médica podrán utilizar microorganismos para sintetizar proteínas vitales que permitan producir una amplísima gama de vacunas, comenzando por aquellas que ayudarían a reducir en forma radical enfermedades que hoy son un flagelo. También es posible elevar la producción de hormonas, enzimas, antibióticos, antígenos y sueros, así como iniciar la de nuevos productos farmacéuticos, desarrollando la etnofarmacología.

A lo anterior puede adicionarse el desarrollo de «software» médico para aplicar nuevos sistemas de diagnóstico así como de control de condiciones de salubridad pública, ya que con esto pueden manejarse miles o millones de pacientes con decenas o cientos de variables por paciente, mejorándose de manera apreciable el servicio médico-sanitario. La introducción de la informática y las telecomunicaciones al sistema de salud permitirá el desarrollo de una atención diagnóstica, curativa y farmacéutica personalizada. Y así podría explorarse con espíritu creativo e innovador un catálogo amplio de posibilidades.

Proponemos una nueva sociedad, afincada en el ser humano como valor supremo. La humanización de la sociedad no puede considerarse como un resultado marginal y el ser humano tiene que volver a ser --como hace 25 siglos lo dijera Protágoras-- la medida de todas las cosas, pero a la medida de hoy, cuando ya estamos pasando de la «era electrónica» a la «era biológica». El nuevo modo de desarrollo es una «utopía por construir» que tiene sus bases en la Constitución de 1.991 y que en términos sencillos puede definirse como la búsqueda de una sociedad con crecimiento compartido y competencia regulada para el desarrollo humano en condiciones de felicidad y libertad, para lo cual se requiere la acción mancomunada del Estado, el mercado y la solidaridad social.

4. LA DIFÍCIL COYUNTURA EN LA TRANSICIÓN AL SIGLO 21

Pero como parte y paso inicial hacia el modo de desarrollo propuesto, necesitamos solucionar la crítica situación que padecemos desde los últimos años del siglo 20, aunque carecemos de cifras actualizadas y confiables sobre el comportamiento de las variables fundamentales y existen diversas explicaciones sobre las causas de la crisis. Si bien se observan algunos cambios que pueden ser importantes para el momento, no corresponden a aspectos que permitan confiar en una mejoría económica estable y prolongada, pues no se han modificado las condiciones estructurales que explican la complejidad, profundidad y amplitud de la crisis. En términos generales, estos indicadores, así como otros, no permiten mucho optimismo sobre una recuperación a largo plazo. Quizá la principal coincidencia se da al aceptar que el problema es de demanda, como es siempre al final de toda crisis económica.

Es fuerte la caída que ha sufrido la demanda interna, pues a la pésima distribución del ingreso debe adicionarse el creciente desempleo, lo que ha disminuido el consumo de bienes y servicios por la mayoría de la población. Como la agudización de la pobreza explica gran parte de la disminución en la demanda interna, para lograr la recuperación se pone a la orden del día cumplir el «imperativo social del Estado», esto es, elevar el bienestar general de la población y mejorar la calidad de la vida, como ordena el artículo 366 de la Constitución.

Cuando pudo incrementarse la demanda interna por medios indirectos, tales como excesivo y deficitario gasto público e importaciones «abaratadas» con la sobrevaloración cambiaria, se estimuló el crecimiento económico, llegando en algunos años al 4%. Aunque esto puede hacerse por períodos cortos, obedeciendo en parte la receta keynesiana, las medidas tomadas para disminuir

los déficit fiscal y comercial y acelerar la devaluación para darle una artificial competitividad a las exportaciones, «destruyeron» el crecimiento económico hasta la disminución del 4,3% del PIB en 1999, la mayor desde la Gran Depresión; el incremento del 2,8% en 2000 no modifica mucho la situación; entre 1997 y 2000, cuatro años, el incremento promedio anual no llegó al 0,6% anual. Si se mide el PIB en dólares, el resultado es más crítico, con disminución absoluta: de casi US\$90.000 millones en 1996, ascendió hasta más de US\$107.000 millones en 1997 y cayó a US\$85.000 millones en 2000.

Y no es previsible un incremento «sano» de la demanda cuando la población en condiciones de pobreza crece y ya excede el 50%, esto es, no menos de 22 millones de colombianos apenas consumen lo necesario para sobrevivir, de los cuales 8 millones están en la miseria. Para agravar el panorama, el desempleo urbano oscila alrededor del 20% y el 60% de quienes tienen trabajo en las principales ciudades son informales, su ingreso es muy precario y carecen de seguridad social. Más del 50% de los hogares disminuyó en los últimos meses su consumo cotidiano, en especial en rubros como alimentos, vestuario y recreación. La pobreza se ha convertido en una «enfermedad social» que amenaza convertirse en un cáncer que impide cualquier crecimiento sostenible y dificulta el desarrollo humano necesario para incorporarnos con éxito en la sociedad global del siglo 21. No existen evidencias de estímulo para actividades económicas «sanas» que impulsen el crecimiento y se traduzcan en desarrollo.

Para agravar la situación, la disminución relativa del consumo de los hogares es una tendencia que se aprecia desde hace varias décadas. Mientras en la mitad del siglo 20 el consumo de los hogares representaba el 61% de la demanda final, pues era el 93% de un consumo interno que significaba el 66% de la demanda final, al finalizar el siglo tal proporción había bajado al 53%, pues ya sólo representa el 75% de un consumo interno que es el 71% de la demanda final. En cambio, la administración pública, como totalidad, pasó de absorber menos del 5% de la demanda final a mediados del siglo 20 a casi el 18% al finalizar el siglo. También ha disminuido la parte relativa a la formación bruta de capital fijo, incluida la variación de existencias, lo que puede dificultar hacia el futuro los procesos de reproducción ampliada y, por consiguiente, de crecimiento económico; pasó del 18% en los años cincuenta al 12% en el final de los noventa. Las exportaciones representan al finalizar los noventa una proporción de la demanda final similar a la que tenían en los cincuenta, alrededor del 17%. La pérdida de peso de los hogares muestra el efecto que han

sufrido las familias con el modo de desarrollo excluyente utilizado durante el siglo 20.

Ello explica por que en los últimos lustros las ramas con menor crecimiento o, incluso, con decrecimiento, son las más dependientes del mercado interno, como construcción, vehículos, textiles y confecciones, alimentos, debido a la fuerte contracción relativa del consumo doméstico. En cambio, aquellas con mayor crecimiento corresponden a las que han recibido inversión extranjera o son objeto de procesos de modernización, como la minería, en especial energética, la banca y las comunicaciones.

Así como en el consumo la administración pública desplaza a los hogares, en la formación del capital fijo ocurre lo mismo; sólo en los años recientes, la parte privada en la inversión en capital disminuyó del 52% en 1997 a una cifra prevista del 44% en el 2000, ascendiendo el sector público del 48% al 56%; la inversión privada significó apenas el 6% del PIB en el 2000, cuando en algunos años atrás había llegado alrededor del 15%, mientras la pública representó el 7,4% en el mismo año. Hoy somos uno de los países del mundo con la más baja inversión respecto al PIB, pues apenas está alrededor del 14%, cuando se requieren cifras superiores al 25% para garantizar tasas de crecimiento económico que permitan crear empleo y aminorar la pobreza. Estos datos evidencian que el modo de desarrollo utilizado durante el siglo 20 dificulta incluso el necesario proceso de reproducción ampliada capitalista y hace cada vez menos viable un futuro de crecimiento económico significativo y sostenible.

Puestos en la perspectiva de un nuevo modo de desarrollo, hemos de tener en cuenta que diversos cálculos señalan que para poder reducir el desempleo a la mitad, esto es, por debajo del 10%, y amortiguar la pobreza extrema, para rebajarla a un nivel «manejable» inferior al 20% de la población, se requiere un crecimiento económico anual no inferior al 6%, en términos reales, durante un largo lapso. Supuesto que se lograra tal proeza, al inicio de la década del Bicentenario de la Independencia (2010-2019), el PIB total habría pasado de cerca de US\$85.000 millones en el 2000 a algo más de US\$150.000 millones en el 2010, con un incremento del 50% en el PIB per cápita, para llegar a un monto apenas superior a los US\$3.000, cifra que todavía nos dejaría entre los países pobres del mundo, con una población que bordeará los 50 millones de personas.

Para tener una idea de lo que significa tal esfuerzo, puede recordarse que en ningún momento del siglo 20 pudo alcanzarse un incremento del PIB del 6% anual en promedio durante siquiera un lustro, aunque no son resultados

imposibles; China lo logró y por un período más extenso, al sustituir la economía de planificación central por la economía socialista de mercado. Hoy, países que padecieron hace poco crisis muy fuertes, como Corea del Sur y Malasia, crecen a más del 10% anual.

Para poder crecer al 6% anual o más, se requiere aumentar la inversión reproductiva y en renovación tecnológica a cifras que superen el 25% del PIB, cuando hoy no alcanza al 15% y la descapitalización que ocurre en todas las actividades económicas es monumental. Sólo en 1999 la inversión privada disminuyó en 65%. La violencia generalizada que padece el país le cuesta alrededor del 11% del PIB, esto es, más de US\$10.000 millones al año, de los cuales la mitad corresponde al gasto militar trifauce (ejército regular, guerrillas, autodefensas). Las llamadas empresas de seguridad tienen más de 100.000 hombres armados, lo que se suma a tan impresionante gasto militar improductivo. Ni siquiera los montos que llegan por deuda externa e inversión extranjera directa alcanzan a compensar los recursos que se van en la guerra fratricida. Por tanto, es indispensable incrementar la capitalización física.

Para poder crecer al 6% anual o más, se requiere mejorar el funcionamiento de las instituciones que necesita el desarrollo, pero en cualquier encuesta la mayoría de las personas opinan de manera muy desfavorable o no confían en las formas de gobierno, en los partidos políticos, los medios de comunicación, la policía e incluso en las diversas religiones. La justicia está en mala situación y el Estado no es capaz de ofrecer protección a la vida, honra y bienes de las personas. En Colombia, que tiene apenas el 0,7% de la población mundial, se produce más del 50% de los secuestros del mundo. Los bienes que se transfieren de manos productivas hacia los bolsillos depredadores de los ladrones, extorsionistas y secuestradores cuestan más del 4% del PIB, mientras el ahorro privado ha caído al 3%. Tan gigantesco saqueo es superior al efecto redistributivo de los impuestos nacionales. Tenemos un impresionante «déficit» de Estado y el poco que existe está «privatizado» en poder de cerrados círculos económicos, políticos y sociales. Por tanto, es indispensable incrementar la capitalización social.

Para poder crecer al 6% anual o más, se requiere desmontar la sociedad excluyente que se construyó durante todo el siglo 20 y hacer que la mayoría de la población tenga acceso a los beneficios del progreso humano. La modernidad, más que una reflexión filosófica, es el disfrute de bienestar y de calidad de vida, como corresponde a la finalidad social del Estado, para lo cual es fundamental elevar la escolaridad y mejorar la atención a la salud. Tarea

ineludible del Estado es incluir a los excluidos, para lo cual debe redistribuir con eficacia el valor agregado en el proceso de producción y circulación de bienes y servicios, esto es, el ingreso nacional. Por tanto, es indispensable incrementar la capitalización humana.

En resumen, cualquier análisis que se haga y vaya más allá de lo coyuntural, muestra que una crisis como la actual, producto de un modo de desarrollo excluyente, que marginó a la mayoría de la población durante el siglo que terminó, no puede solucionarse con cambios en la política económica. Se requiere una renovada concepción filosófica y ética, una nueva Economía Política, que sustituya a la actividad económica como centro de su análisis por la preocupación hacia el desarrollo del ser humano.